

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, mayo de 1895 ✧ NÚMERO 31

— Con el presente número se entregará el cuaderno 31 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



CONFLAGRACIÓN EN UN ASILO DE LOCOS:

Rompió los cristales... y vió la habitación llena... de locos frenéticos...

SUMARIO

Conflagración en un asilo de locos.—El saqueo de Panamá (conclusión).—El cazador de caballos (continuación).—En Bicêtre.—Pensamientos.

CONFLAGRACIÓN EN UN ASILO DE LOCOS

Una de las más notables muestras de las construcciones del tiempo de la reina Ana, en la inmediación de Londres, era el Asilo de Locos de Southall Park.

Hallábase situado en medio de una explanada, en parte cubierta de brezos, y estaba circuido de bosque.

Este asilo servía de señal para guiarse á todos cuantos viajaban más allá de la pequeña ciudad de Southall, y, sin duda, hubiera servido mucho tiempo para llenar su doble objeto; pero la historia que voy á referir demuestra que el edificio estaba destinado á desaparecer de una manera bastante trágica.

El 8 de agosto de 1883 hacía un día magnífico; el cielo estaba claro, despejado de nubes, y el sol brillaba con toda su fuerza; apenas soplaba una suave brisa al deslizarse entre el ramaje de los árboles, y, llegada la noche, los habitantes se acostaron, sin poder imaginar, ni remotamente, qué despertar tan horrible iban á tener. Al día brillante había seguido una noche calurosa y tranquila, de esas que son peculiares al mes de agosto. Es probable que los más de los habitantes de Southall comenzaron á dormir dejando sus ventanas abiertas, y debe recordarse que los sonidos se propagan con mucha rapidez en la tranquila calma de una noche verano.

Un poco antes de las dos de la madrugada del martes, algunos de los durmientes se despertaron oyendo gritos. Precipitáronse de sus lechos, y vieron todo el país iluminado por un color rojizo: era evidente que había estallado una espantosa conflagración hacia el Asilo.

El condestable de policía Daughton, que estaba de guardia aquella noche, vió el siniestro reflejo en el cielo, y dirigióse al punto precipitadamente hacia Southall Park, siguiéndole muy pronto dos ó tres personas que se vistieron apresuradamente para ir á ver qué ocurría.

Al llegar á las puertas del parque, vieron espesas nubes de humo y llamas que salían por la entrada principal. Un momento después eleváronse aquéllas, y toda la parte principal del edificio quedó rodeada de fuego.

La confusión era indescriptible: una conflagración es siempre cosa aterradora, aunque presten su auxilio los bomberos, esforzándose para combatir el elemento devorador; pero Daughton y los que le acompañaban no se arredraron por eso, y estaban dispuestos á salvar á quien fuese posible. Sin embargo, aunque hubiese habido una cadena de trabajadores pasando de mano en mano cubos de agua, sus esfuerzos habrían sido infructuosos, pues las llamas, alimentándose principalmente en los corredores de paredes de madera, en el pavi-

mento, del mismo material, y en la escalera, no eran ya fáciles de dominar. Hacíase de todo punto imposible salvar el edificio, y, por lo tanto, no debía pensarse más que en salvar las vidas de los infelices, cuyos gritos de angustia, pidiendo socorro, resonaban tristemente en el silencio de la noche.

Pero ¿cómo se podía acometer semejante empresa? Ante tan horrible espectáculo, á muchos hombres se les hubiera podido dispensar el aturdimiento. Las llamas salían por todas las ventanas, desde el piso bajo hasta el tejado; el ruido era atronador, y á cada instante oíase el rechinar de las maderas y la caída de los fragmentos de mampostería. El calor producido por el inmenso volumen de llamas era tan intenso, que los árboles se abrasaron á bastante distancia del lugar del incendio, y hasta se temió que los haces de heno que estaban á un cuarto de milla de distancia se quemaran también. El espectáculo era horriblemente grandioso, según la frase de un testigo ocular.

Como ya he dicho, á muchos hombres se les hubiera podido dispensar; pero, según me dijo un hombre que había prestado eficaz auxilio en la catástrofe, al verme contemplar las ennegrecidas ruinas, *hay dos modos de perder la cabeza*.

Esto es enfáticamente verdad en el caso de que hablo, pues si los que trataron de salvar víctimas se aturdieron, fué por perder toda idea de peligro personal, llevando á cabo actos de audacia que en circunstancias normales no habrían tenido valor para poner por obra.

A la derecha de la entrada principal, el ala del edificio tenía dos pisos, en el segundo de los cuales pasaban la noche muchos de los pacientes.

Una ayudanta, la Sra. Price, que tenía á su cargo alguno de los peores casos de locura, se despertó al oír gritos, y al saltar del lecho vió su aposento iluminado por un brillante resplandor. Al punto comprendió que se había incendiado la casa, y lo primero que hizo fué pensar en sus infelices locos; recorrió todas las habitaciones para despertarlos, y, á pesar de su resistencia, los arrastró hasta la ventana, donde comenzó á pedir auxilio á gritos. Dificil era la posición; pero aquella valerosa mujer consiguió dominar á sus pacientes, poseídos de terror, hasta que, al fin, llegó el auxilio.

No hubo de esperar mucho tiempo.

Jaime Abbott encontró una escalera rota, apoyóla contra la ventana, y su padre subió como le fué posible, mientras que el hijo trepaba hasta el segundo piso. La ventana estaba protegida por un enrejado de alambre, y éste fué arrancado muy pronto; pero lo más difícil era abrirla.

Dicen que la necesidad es madre de la invención, y así resultó en aquel caso: preservando la mano con su sombrero, rompió los cristales con el puño y saltó en el interior de la habitación, llena en aquel momento, no de personas que le hubieran recibido con alegría, viendo

en él un libertador, sino de locos frenéticos que podrían enfurecerse por aquella intrusión y acometer al mismo que exponía su vida para salvarlos. ¡Qué escena debió ser aquella! El dormitorio lleno de locos, algunos de ellos sin comprender aparentemente el peligro; los demás poseídos de terror y gritando, y en medio de todos la tranquila figura de Jaime Abbott, que se presentaba para salvarlos de una muerte cruel. No había tiempo que perder en vanas palabras; los pacientes se resistían gritando; algunos se habían escondido debajo de las camas, y otros corrían de un lado á otro gritando. Jaime Abbott, que en aquel momento parecía estar dotado de la fuerza de una docena de hombres, los cogió uno por uno en sus brazos y sacólos fuera de la ventana, donde otros auxiliares estaban esperando para recibirlos. No quedaba un minuto que perder, pues de un momento á otro las llamas podían llegar á la galería, y habíase oído ya un grito anunciando que el tejado estaba convertido en un mar de llamas. Las columnas de humo eran tan espesas, y el fuego se propagaba con tan terrible violencia, que se hacía difícil determinar si alguna parte del edificio se hallaba intacta. La seguridad de que, en el caso de dar alguna tregua el elemento devorador, ésta sería de muy corta duración, fué un nuevo incentivo para nuestro héroe, quien luchaba realmente á brazo partido contra la muerte. Una loca opuso tan tenaz resistencia, que faltó poco para que ocasionara un disgusto; pero los robustos brazos de Abbott la sujetaron, y por fuerza hubo de someterse á su benévola tiranía. A pesar de sus luchas, de sus gritos y protestas, que á veces llegaron hasta el extremo de morder las manos de sus salvadores, todos aquellos infelices fueron depositados sanos y salvos en tierra.

Entretanto, Esteban Abbott, que había penetrado en el ala del edificio incendiada, corrió al dormitorio; pero encontró la puerta cerrada, así como todas las otras, con candado; de modo que no se podía abrir sin llave; y como cruzara por su mente la horrible idea de que todos los que estaban allí iban á morir abrasados en su prisión, comenzó á forzar la puerta, valiéndose de todo el vigor de sus músculos. Al fin, cedió bajo su presión, y entonces hallóse frente á frente, no de los locos, como él esperaba, sino de su hermano Jaime, que había conseguido ya hacerlos desalojar la habitación.

Los hermanos son algunas veces compañeros de locura; mas en este caso lo eran de abnegación y generosidad, y bien podemos imaginar que los lazos fraternales se estrecharían más por aquel incidente.

El tercer hermano, Carlos, que había ido á despertar á varios vecinos, volvió á tiempo para penetrar en el edificio incendiado y desviar la cañería del gas, hecho que revela su arrojo y sangre fría: una explosión hubiera aumentado considerablemente los horrores del siniestro. El padre de aquellos tres jóvenes debía enorgullecerse mucho de tener tales hijos.

Los pacientes salvados estaban en un hueco inmediato al incendio, algunos de ellos débiles, otros corriendo de un lado á otro, y no pocos cambiando frases ininteligibles. No podía darse espectáculo más triste, y para evitar que alguno se escapara condujélos á diversas casas.

Los criados y ayudantes que no pudieron bajar á la galería habían subido al tejado del principal cuerpo de edificio. Al oírles gritar, el condestable Daughton trepó por el Conservatorio, y, gracias á sus esfuerzos, pudo bajar á todos.

Cuando los hubo conducido á lugar seguro, vió con espanto que algunas mujeres más estaban en la parte superior del parapeto, amenazadas de peligro de muerte, pues las llamas se corrían hacia el sitio donde estaban. El tejado estaba ardiendo, y las maderas caían, produciendo siniestro rumor. Por medio de una escalera, el valeroso condestable, ayudado por Mr. Webber, se encaramó en el tejado, acercó la escalera hasta el ángulo del parapeto, y, una tras otra, las espantadas mujeres fueron bajadas á través de nubes de humo y algunas llamas, hasta que, al fin, la escalera quedó rodeada de fuego. Aquél fué un momento de angustia y de ansiedad para los que contemplaban el terrible espectáculo. Una mujer joven, perdiendo el conocimiento, retrocedió en el techo abrasado, pero fué recobrada un momento después; mientras que otra, en la angustia é impaciencia, y poseída de terror, precipitose de cabeza fuera del parapeto y quedó muerta en el sitio. Las demás fueron bajadas sin percance, y, al dejar la escalera la última de ellas, el tejado se hundió con horrísono estruendo. Los dos valerosos salvadores sufrieron graves lesiones y quemaduras; Daughton se abrasó parte de la pierna, y Webber, muy debilitado por sus extraordinarios esfuerzos, se resintió mucho de la salud durante una semana. Triste es añadir que, á pesar del heroico proceder de aquellos hombres valerosos, cinco personas perecieron en las llamas.

El recuerdo de este triste acontecimiento vive todavía en la memoria de los habitantes de Southall. Horror me inspira una conflagración: el doloroso aspecto que produce en los ánimos de todos los que la presencian parecen exceder al que infunden otros desastres.

Durante algunos meses después del acontecimiento, muchos de los tranquilos habitantes de aquella pequeña ciudad se despertaron á veces sobresaltados en medio de su sueño, creyendo ver columnas de humo y llamas, y seres humanos que perecían abrasados.

En cuanto á los Abbotts, al condestable Daughton y Webber, nadie encontraba palabras suficientes para elogiarlos: el valor, la audacia, el cumplimiento del deber y la abnegación fueron las cualidades que se revelaron en aquellos héroes; y, aunque hasta cierto punto la oportunidad es la que hace el héroe, no debe dudarse que aquel noble hecho no fué un acto aislado.



CONFLAGACIÓN EN UN ASILO DE LOCOS: Una tras otra, las espantadas mujeres fueron bajadas...

EL SAQUEO DE PANAMÁ

(Conclusión)

Al oír esto Morgan, dió al punto orden de tomar otro camino; pero antes quiso pasar revista á sus fuerzas, y vió que las pérdidas, en-

tre muertos y heridos, eran mucho más considerables de lo que él suponía. Encontramos seiscientos españoles muertos en el campo de batalla, además de los heridos y prisioneros; y, de consiguiente, no nos desanimamos por la disminución de nuestras fuerzas, sino que, al ver la ventaja obtenida sobre el enemigo, re-

nació el valor en nosotros. Después de reposar algún tiempo, hiciéronse preparativos para marchar contra la ciudad, y nos juramos pelear hasta que no quedase un enemigo en pie. Llevándonos los prisioneros, nos alejamos del camino que parte de Veracruz, que era donde estaba el fuerte, y elegimos el de Porto Bello, avanzando después sobre la ciudad antes de que el pueblo pudiera reunirse.

zos, con otras cosas que valía bien la pena llevarse.

Mitigada la primera furia, Morgan ordenó, bajo los más severos castigos, que no se bebiese ni tocarse el vino, diciéndonos que estaba envenenado; pero con esto se proponía solamente evitar el desenfreno, que era muy de temer después de tantos días de abstinencia. Por otra parte, pensó que si el enemigo nos veía



EL SAQUEO DE PANAMÁ: La prisionera, sacando un puñal, se lo hubiera clavado en el pecho...

Fué muy difícil acercarnos, pues los españoles habían situado en diferentes puntos de la ciudad grandes cañones, algunos de ellos cargados con metralla, y otros con balas de mosquete. Con todo esto se nos recibió; y como las andanadas se repetían sin cesar, á cada paso que dábamos perdíamos mucha gente; mas, á pesar de haber caído veinticinco ó treinta hombres á la primera descarga, los demás siguieron adelante. Las calles estaban llenas de mujeres y niños, y, aunque los habitantes no dejaban de hacer fuego, defendiéndose con tesón, hubieron de abandonar el terreno palmo á palmo al cabo de tres horas de combate.

Cuando, al fin, penetramos en la ciudad, todo cuanto se nos opuso al paso quedó destruido, y después nos entregamos al saqueo y á toda clase de violencias. A decir verdad, los ciudadanos se habían llevado, ó tenían ocultos, los objetos de más valor; pero se encontraron muchos almacenes bien provistos de mercancías, como, por ejemplo, sedas, paños y lien-

embriagados, tal vez se concentrara para caer después sobre nosotros y aniquilarnos. Esta fué su primera precaución: la siguiente se redujo á poner centinelas en diversos puntos, dentro y fuera de la ciudad, destacando después veinticinco hombres para apoderarse de una lancha cargada de mercancías que se había atascado en el cieno del puerto por haber bajado mucho las aguas.

En la tarde del mismo día, Morgan mandó pegar fuego secretamente á varios grandes edificios de la ciudad, sin que nadie supiera qué motivos tenía para proceder así. Nosotros creímos de pronto que el enemigo lo había hecho, y nuestro jefe contribuyó á propalar este rumor. Tan violenta fué la conflagración, y tan rápidamente se propagaba, que antes de la noche la mayor parte de la ciudad estaba ardiendo. Muchos de nosotros tratamos de cortar las llamas, volando algunas casas con pólvora, pero todo fué inútil, y en menos de media hora toda una calle quedó consumida. Las casas

de la ciudad eran de madera de cedro, las más de ellas con curiosos y magníficos adornos y pinturas, y fué sensible que muchas quedaran destruidas por el fuego.

Sin embargo, no por esto se puso término al pillaje y las crueldades, sin respetar sexo, edad ni condición: sacerdotes y seglares, nobles y plebeyos, niños y ancianos, todos fueron pasados á cuchillo; se ultrajó á las mujeres, y ni aun las monjas se libraron del atropello. Por las goteras de las casas corría la sangre, y en todas las calles resonaban los gritos de los infelices entre el humo y las llamas del incendio.

Algunos de mis compañeros dieron con un pobre hombre, medio imbécil, que, aprovechándose de la confusión, se introdujo en la casa de un rico y atavióse con el traje de un mercader de importancia. Acababa de despojarse de sus harapos, y, cogiendo después la llave de plata de algún cofre, la colgó de su cinturón. Aún estaba contemplándose, muy satisfecho de su persona, cuando entraron de pronto los aventureros y apoderáronse de él como buena presa, pues viéndole lujosamente vestido y una casa rica, conjeturaron que era el dueño. El pobre hombre refirió la verdad del caso; creyóse que trataba de engañar; suplicó y protestó, esforzándose para hacer comprender, por los harapos que estaban en el suelo, que solamente era un mendigo; pero todo fué en vano; y, más persuadidos los aventureros de que mentía, al ver la llave de plata pendiente del cintillo, preguntáronle dónde estaba su despacho. En un principio habíanse reído; mas, irritados ahora por sus persistentes negativas, sacáronle fuera, le descoyuntaron los brazos, oprimiéronle la frente con una cuerda, hasta que los ojos parecían saltársele de las órbitas; y como aún rehusase contestar, le cortaron la nariz y las orejas y entregáronle á los negros para que le remataran con sus lanzas. Todo esto sirvió de broma y de recreo.

Panamá era la ciudad á que se conducían todos los años los tesoros del Perú; los barcos llevaban allí muchas toneladas de oro y plata en barras, y volvían cargados de mercancías de Panamá, para venderlas con beneficios considerables en aquel país y en Chile, ó más á menudo importaban esclavos negros, que los genoveses traían de la costa de Guinea para trabajar en las minas del Perú. Tan rica era la ciudad, que se necesitaron más de dos mil mulos para transportar el oro y la plata desde Panamá á Porto Bello, donde se cargaron los galeones. España no tenía, seguramente, una colonia tan sana y fértil: en ella abundaban también las minas, y los bosques eran tan ricos en maderas, que daban más de lo suficiente para construir cuantos barcos surcaban los mares del Norte y del Sur. En cuanto á los ganados, eran innumerables.

En aquel paraíso encontramos mucho que saquear, á pesar de que los españoles fuesen muy cautos. Por de pronto, contábanse ocho monasterios: siete de frailes y uno de monjas; dos suntuosas iglesias y un hospital. Tanto los

primeros como los segundos, contenían preciosos adornos, pinturas y mucho oro y plata. Además, había dos mil casas de magnífica construcción, las más habitadas por mercaderes riquísimos; y en cuanto á los ciudadanos y comerciantes de menor importancia, no bajaban de cinco mil. También se encontraron muchas cuadras para los caballos que llevan el oro al mar del Norte, y los genoveses tenían una casa inmensa para sus negros. Se pegó fuego á este último edificio y á doscientos almacenes, donde perecieron muchos esclavos que se habían ocultado allí con innumerables sacos de cereales.

Los más de nosotros acampamos la primera noche fuera de la ciudad, temiendo un ataque de los españoles; se llevaron los heridos á una iglesia que el fuego había respetado, y envióse un destacamento de ciento cincuenta hombres al castillo de Chagres para llevar la noticia de nuestra victoria.

En la tarde del segundo día volvimos á entrar en la ciudad y eligiéronse casas para establecer nuestros cuarteles. Conducidos allí todos los cañones que pudimos encontrar, se situaron al rededor de la iglesia de los Padres Trinitarios y nos atrincheramos lo mejor que fué posible. Se pasó la noche buscando objetos de oro y plata entre las ruinas y en las cisternas, y no se encontraron pocos, que los españoles habían ocultado allí.

Algunas horas después llegaron los barcos de Morgan, que se habían enviado al mar del Sud, trayendo tres presas cargadas de plata y de botín; pero se les había escapado la mejor, que era un galeón cargado con los tesoros del rey y las más ricas mercancías de Panamá. Conducía también á bordo las monjas de un convento, que habían embarcado todos los ornamentos de su iglesia, todos de oro puro y plata, y otros objetos de gran valor. Tan cargado iba el galeón de riquezas, que no necesitó lastre, siendo su armamento casi insignificante, pues solamente tenía siete cañones y diez ó doce soldados; llevaba escasos víveres y agua dulce, y contenía más pasajeros de los que buenamente podía conducir. Si se hubiera dado caza á este barco, habríase obtenido más riqueza que todo lo que se encontró en Panamá; pero los aventureros estaban todos embriagados, y dejaron escapar la presa, que desapareció á favor de la oscuridad de la noche.

Al día siguiente, cansados de su desenfreno, y avergonzándose de su descuido, destacaron un bote bien armado para perseguir al galeón, pero ya estaba fuera de alcance. Enfurecido Morgan al saber esto, envió todos los botes que había en Panamá para que buscasen el barco; pero después de cruzar durante ocho días, los tripulantes volvieron desanimados á las islas de Tavoga y Tavogilla, donde tuvieron la suerte de encontrar un barco nuevo, legado de Payta, con cargamento de paño, jabón, azúcar y bizcochos: apresáronle y volvieron á Panamá.

Entre los prisioneros que se trajeron de Tavoga y Tavogilla, hallábase una dama de sin-

gular belleza, esposa de un comerciante español que se hallaba entonces en el Perú: era joven, tenía magnífico cabello negro y esbeltas formas. Los aventureros hubieran cruzado de buena gana los aceros para disputarse aquella presa; pero nuestro capitán se había enamorado de aquella mujer, y, después de separarla de los demás prisioneros, tratóla con el mayor respeto al principio. Así como las demás españolas, la dama había creído que nuestros aventureros tenían forma de animal y no de hombre, y hasta asegurase que una mujer de Panamá, que había deseado mucho tiempo ver alguno, al entrar nosotros en la ciudad exclamó: «—¡Jesús María! ¡Esos ladrones son hombres como los españoles!» La hermosa dama, al ver que se la trataba con bondad, comenzó a pensar mejor de nosotros; mas, apenas Morgan le habló de amor, la cosa cambió de aspecto. Entonces la prisionera no quiso escuchar buenas palabras, ni tampoco hizo aprecio de las amenazas, y, sacando un puñal que llevaba oculto, se lo hubiera clavado en el pecho si el capitán no hubiese desistido de conquistarla. Sin embargo, Morgan, resuelto a humillar su orgullo, mandó que la despojaran de las mejores prendas que llevaba puestas y la encerraran en una oscura cueva, sin más alimento que el necesario para conservar la vida. A pesar de este tratamiento, rogaba a Dios diariamente que la concediera fuerza y valor. Yo mismo fui testigo de esto, y seguramente no hubiera creído jamás que se pudiera tener tanta constancia. No diré más de esta incomparable dama sino que su virtud se impuso a su adversidad, y que, al fin, nuestro capitán, obligado a reverenciarla contra su voluntad, la dejó libre, devolviéndola a sus amigos.

Habíamos estado en Panamá tres semanas, y al cabo de este tiempo el capitán dispuso que se hicieran todos los preparativos de marcha, ordenando desde luego que se buscara el mayor número de bestias de carga que fuese posible para conducir el botín hasta la orilla del río y embarcarlo en las canoas. Por entonces circuló el rumor de que muchos trataban de abandonar a su jefe, apoderarse de un barco que estaba en el puerto, para ir a robar en el mar del Sud, hasta que creyeron tener bastante, y volver después a su país por la India Oriental. Al efecto habían reunido muchos víveres, que ocultaron en diversos puntos, con suficiente pólvora, balas y toda clase de municiones, así como algunas piezas de artillería pertenecientes a la ciudad, y numerosos mosquetes. No solamente se proponían equipar el barco, sino fortificarse en alguna isla que pudiera servirles de refugio.

El plan se habría llevado a cabo, seguramente, si Morgan no hubiese tenido conocimiento del hecho. Apenas recibió el informe, mandó cortar y quemar el palo mayor, destruyendo todos los botes del puerto, y de este modo frustró la intentona. Después envió a muchos españoles a las cercanías, a fin de buscar metálico para rescatarse a sí propios y a los demás prisioneros. Además, mandó que toda la artillería de

la ciudad se clavase, y al mismo tiempo envió un destacamento para buscar al gobernador de Panamá, que, según noticias, había preparado varias emboscadas en el camino que los aventureros debían tomar; pero los expedicionarios volvieron diciendo que no había tales emboscadas, lo cual confirmaron algunos prisioneros, asegurando que el gobernador había proyectado hacer alguna oposición, pero que, no habiendo encontrado hombres para ello, no pudo realizar su plan.

El 24 de febrero de 1671, nuestro jefe salió de Panamá, o más bien de lo que había sido la ciudad de este nombre. Del botín que recogió llevóse consigo ciento setenta y cinco mulos cargados de plata, oro y otros objetos preciosos, además de 600 prisioneros, entre hombres, mujeres, niños y esclavos. Al llegar a un río que cruzaba por una deliciosa llanura, a tres millas de Panamá, formó sus fuerzas en buen orden; de modo que los prisioneros estuvieron en medio de nosotros; y cuando éstos supieron que Morgan trataba de llevarlos a su país como esclavos, sus lamentos y gritos no tuvieron fin. Las mujeres le suplicaban de rodillas que las permitiese volver a Panamá; pero el jefe se limitó a contestar que no había venido a escuchar lamentos, sino a buscar dinero.

Al día siguiente, cuando comenzó la marcha, renováronse los gritos y quejas, que habrían conmovido al más duro corazón; pero Morgan, poco inclinado a la merced, no hizo el menor aprecio.

La marcha prosiguió en el mismo orden, y los pobres prisioneros, colocados entre la vanguardia y la retaguardia, sufrieron mucho, pues cuando no querían andar bastante aprisa, obligábaseles a ello a fuerza de golpes.

De este modo continuó la marcha sin obstáculo, en dirección a nuestro país.

EN BICÊTRE (1792)

Todo el mundo ha oído hablar del gran Asilo de Bicêtre que los franceses tienen para la detención de lunáticos criminales. En 1792, el año del Terror, el superintendente de este establecimiento era el famoso doctor Pinel, y éste sabía muy bien que el tratamiento tradicional de los presos que se le confiaban era un ultraje a la humanidad, sin que por esto llenara su objeto principal, cual era la completa disciplina que debe reinar en todo manicomio. En su consecuencia, hacia fines del año propuso directamente a las autoridades que se aboliera el uso de los grillos y cadenas con que se cargaba a los locos. Su petición fué desechada; pero, sin desanimarse por eso, Pinel se presentó ante la Comuna de París y habló del asunto.

La Comuna le escuchó con mucha atención, y cuando Pinel hubo concluido de hablar, uno de los agentes, hombre pequeño y deformado, que tenía voz de mujer, le contestó en estos términos:

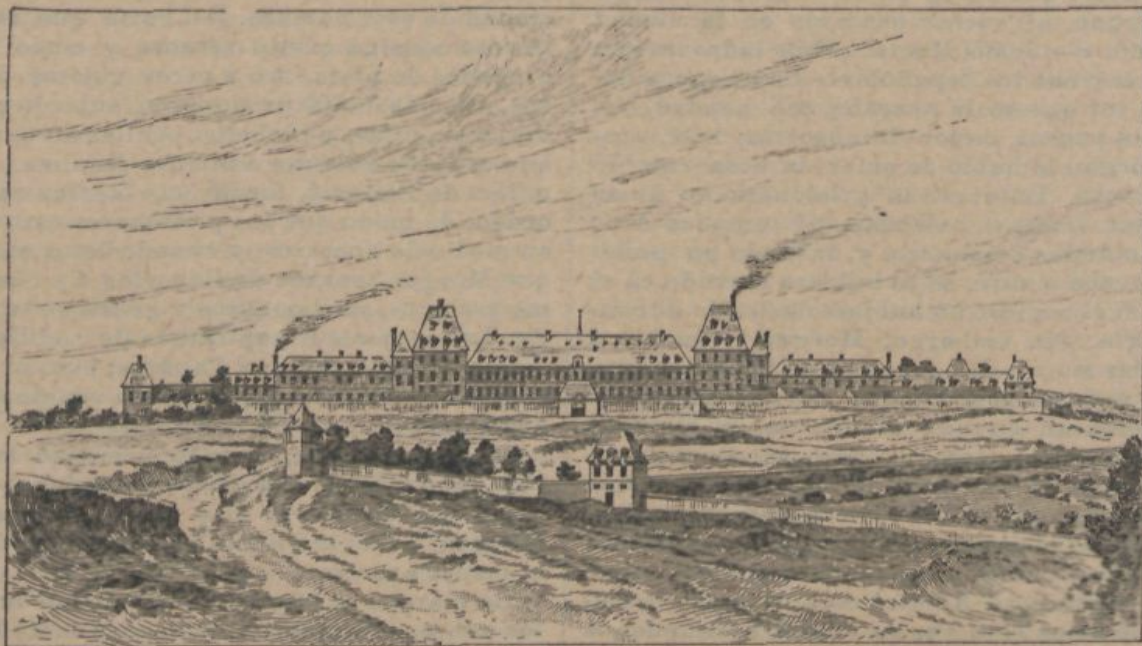
—Ciudadano, habláis como hombre sensible; pero como tal vez nos engañéis, ocultando los enemigos del pueblo entre vuestros locos, quiero visitar el establecimiento de Bicêtre yo mismo, y ver lo que hay allí por mí mismo. En su consecuencia, esperad mi visita mañana, y añadiré que no quedaréis nada contento de ella si descubro un engaño.

Pinel saludó y retiróse. El hombrecillo que le había contestado era Couthon; y, fiel á su palabra, á la mañana siguiente se presentó en

á dudar de vuestra razón. ¿No es una locura proponer que se desencadene á semejantes animales?

—Ciudadano,—replicó Pinel,—como veis, no se puede gobernar á esos hombres, y nunca pretendí negarlo; pero estoy convencido de que se hallan en esa situación porque les falta aire y libertad. Yo espero mucho de un método contrario, si se me permite adoptarlo.

—¡Aire y libertad! ¿Los dejaríais sueltos, amigo mío?



El gran Asilo de Bicêtre

las puertas de Bicêtre: dos hombres le introdujeron en el edificio, porque estaba privado del uso de ambas piernas.

Pinel le preguntó qué deseaba.

—Yo quisiera recorrer todo el interior,—contestó Couthon,—para ver los locos uno por uno, interrogarlos y juzgar por mí mismo si es posible lo que proponéis.

—Con mucho gusto,—dijo Pinel.—Ahora mismo se os conducirá.

Al principio, algunas cosas parecían desmentir la opinión del doctor. Visitaron jaula por jaula, y cada vez que Couthon comenzaba á interrogar, el loco le escupía, maldecíale, blasfemaba y hacía esfuerzos para romper sus cadenas y precipitarse sobre el intruso. Por los corredores no se oía más que el ruido de las cadenas y terribles gritos: el hedor y la humedad eran insoportables.

—A fe mía, ciudadano,—dijo Couthon, al fin,—no puedo felicitaros por vuestros alumnos, y esto comienza á cansarme. Aunque estoy dispuesto á creer en vuestra honradez, comienzo

—Nada de eso. En el caso de ponerse mi teoría en práctica, no habría riesgo más que para mí; y, en todo caso, se podría volver al antiguo tratamiento si no resultase mejor el mío.

—Casi me dan intenciones de permitir os vuestro nuevo plan. Me agradan los teóricos, sobre todo cuando hay una gran probabilidad de que sean despedazados si su teoría no resulta buena. Sí, ciudadano: se os permitirá adoptar vuestro método. Haced lo que os plazca con esas fieras: yo os las entrego. Y ahora despedámonos solemnemente, porque estoy seguro de que ésta es la última vez que nos encontraremos en la tierra.

(Se concluirá)

*** PENSAMIENTOS ***

—Los necios son tercios generalmente. La testarudez suele ser la firmeza del error.

—Para el apetito, la salud. Para la salud, el ejercicio.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA